

CAPÍTULO XXX

El senado de Tlaxcala resuelve hacer la paz con los españoles y recibirles como amigos.—Envía sus embajadores á Cortés para arreglarla.—El general Jicotencatl hace volver desde su campamento á los embajadores, desobedeciendo las órdenes del senado.—Dispone otro ataque nocturno al campamento español.—Envía espías á reconocer el real castellano.—Castiga Cortés á los espías cortándoles las manos.—Reflexiones sobre este castigo, inferior al que entonces se aplicaba y se aplica actualmente á los espías.—Marcha cautelosamente el ejército tlaxcalteca al asalto.—Cortés marcha al encuentro de él.

Mientras en el campamento español habia estado dividida la opinion de los soldados respecto de la expedicion, los embajadores enviados por Cortés habian llegado á la capital de Tlaxcala.

El senado recibió á los mensajeros con notable satisfaccion. El último golpe sufrido habia causado profunda

sensacion en sus ánimos. Habian acudido á los dioses para que les aconsejaran por medio de sus sacerdotes, y los oráculos se habian engañado al juzgar á los hombres extraordinarios que de dia y de noche, como infatigables Argos, veian todo lo que se disponia, y luchaban siempre que habia que luchar. Sabian que eran mortales, pero sabian tambien que nadie les habia podido vencer; que eran temibles en el combate, pero leales amigos con los que dejaban de hacerles la guerra, como habia sucedido con los habitantes de Tabasco. Los senadores habian hecho todo lo que, como á los leales patricios, les correspondia. No habian descuidado medio ninguno para alcanzar la victoria; pero todos sus esfuerzos se habian estrellado ante el poder de unos hombres que parecian invulnerables y respetados por la misma muerte. Despues de una leal y detenida deliberacion, el senado resolvió aceptar las proposiciones del general español. Eligió para desempeñar la embajada, cuatro de los mas distinguidos personajes de la nobleza. La mision que se les confió, fué disculpar á la república de haber luchado contra los castellanos cuando les creyó enemigos suyos; manifestar á Cortés que se admitia su amistad y sus proposiciones de paz; decirle que podia pasar con su tropa á la capital, donde hallaria benéfica acogida, y franquearle el paso hácia la corte de Moctezuma. Los comisionados de la república debian pasar antes, por donde se hallaba con su ejército, el jóven Jicotencatl; ordenarle, de parte del senado, el fin de toda hostilidad contra los extranjeros, y lejos de manifestarse contrario á ellos, proveerles de los víveres necesarios y dejarles libre la marcha por el territorio de la república.

Los embajadores, cumpliendo fielmente con las instrucciones recibidas, se detuvieron en el campamento del general tlaxcalteca, antes de pasar al del ejército español, para hacerle saber la resolucion del senado.

Jicotencatl se indignó contra la determinacion tomada por el gobierno. Creyó que renunciar á la lucha era aceptar la deshonra; y dijo que nunca pasaria por la vergüenza de la humillacion, cuando los combates le brindaban la gloria de morir por la patria. Dotado de un espíritu guerrero y de un patriotismo acendrado, que le ennoblecia, como ennoblece todo sentimiento elevado, se habia propuesto dar un nuevo asalto, con toda su gente, al campamento español durante la noche. Resuelto á dejar limpio el lustre de las armas de la república, que juzgaba empañadas por las derrotas pasadas, miraba en la guerra el único medio de recobrar la gloria del ejército y de legar á la posteridad un nombre ilustre y sin mancha. Semejante al robusto cedro que se levanta desafiando la tempestad cuando las plantas que crecen á su lado se agobian y marchitan, así el jóven Jicotencatl, espíritu inquebrantable y heróico, se presentaba altivo en medio del desaliento que se habia apoderado de sus valientes compatriotas.

Poseido del levantado sentimiento de la honra nacional y celoso de la limpia fama de su nombre, pidió á los mensajeros que volviesen á Tlaxcala y manifestasen al senado que no diese paso ninguno hasta no ver el resultado de otro asalto que habia determinado dar al campamento español, con todas las probabilidades de un completo triunfo.

Los embajadores, no osando oponerse á su deseo, que

juzgaron patriótico, se pusieron en camino para Tlaxcala, aunque temerosos de ser mal recibidos por el senado.

Conseguido por aquel lado su intento, Jicotencatl trató de asegurar el golpe meditado sobre el campamento español. Procurando hacer concebir al jefe castellano la lisonjera esperanza de una próxima paz, para dar el asalto cuando mas confianza tuviese en ella, echó mano de un medio que creyó de felices resultados. Mientras los embajadores se dirigian á la capital de la república, se presentaron en el pueblecito ocupado por las tropas de Cortés, cincuenta indios no vulgares, con algunos presentes de gallinas, pan de maíz y frutas para el jefe español. Recibióles Hernan Cortés con la afabilidad acostumbrada, agasajándoles atentamente.

Al entregar el regalo, manifestaron que anhelaban la paz y buena armonía con los extranjeros y ser súbditos del monarca de España. Agregaron que todos los pueblos comarcanos estaban dominados de los mismos sentimientos, que el mismo Jicotencatl, perdida la esperanza de todo triunfo, la deseaba; y que no dudaban de que muy en breve el senado celebraria la paz admitiéndoles como amigos.

Las noticias eran lisonjeras, y fueron acogidas con júbilo por los soldados castellanos. Los indios, apreciados por la adhesion que demostraban á los españoles, se paseaban por el campamento con la mas completa confianza, entrando y saliendo libremente por todas partes y deteniéndose á admirar lo que veian. Llamó la atención de los nobles cempoaltecas la que parecia natural curiosidad de los tlaxcaltecas, y sospechando que fuese un exámen que hacian para ver la disposicion que guardaba el campamento, fueron á

ver á Cortés que se hallaba con algunos de sus oficiales en su alojamiento. Entonces tomando la palabra el distinguido Teuch, dijo, por medio de la intérprete Marina, que los cincuenta tlaxcaltecas que se hallaban en el campamento, no eran hombres inofensivos, sino temibles espías enviados para examinar los puntos y dar aviso de la posicion que se guardaba, porque sin duda se meditaba un asalto (1). Hernan Cortés, aprovechando el aviso, mandó que, con cualquier pretexto, condujesen á su presencia á alguno, pero sin que se apercibiesen de ello los otros. Cumplida la orden y exigiendo que dijese la verdad, confesó que eran espías enviados por Jicotencatl, que tenia dispuesto dar un asalto de noche al campamento. La misma confesion hicieron despues los demás, al ser reducidos á prision y preguntados.

No quedando la menor duda del delito, Cortés se propuso castigarlo para que no se repitiera. La pena de muerte era la que entonces, lo mismo que en el siglo actual, se aplicaba á los espías en todos los países. El adelanto de las sociedades no ha llegado á cambiar la pena contra ellos. Los espías tlaxcaltecas no dudaron que les esperaba la muerte; pero Hernan Cortés quiso aplicar otro castigo que, aunque entonces solo se aplicaba en las naciones mas cultas á los delitos no muy graves, causase una impresion profunda. Mandó que á los prin-

(1) Prescott dice que excitaron la desconfianza de Marina y que ésta fué la que comunicó á Cortés sus sospechas. Pero es una equivocacion. El mismo Cortés dice: «los de Cempoala vinieron á mí, y dijéronme que mirase que aquellos eran malos, y que venian á espiar y mirar cómo nos podrian dañar, é que tuviese por cierto que no venian á otra cosa».

cipales, que eran catorce, se les amputasen las manos, y á los otros los dedos pulgares. Cumplida la órden, les dejó en libertad, diciéndoles que se presentasen á Jicotencatl y le dijiesen «que podia ir con su ejército á atacar á los españoles de dia ó de noche, pues que á todas horas los hallaria dispuestos para el combate» (1).

La aparicion de los amputados en el campamento tlaxcalteca, produjo el efecto que el general español se habia propuesto. La supersticion hizo creer á los guerreros indios, que los temibles extranjeros leian los pensamientos y las intenciones de sus enemigos, y sintieron flaquear su valor y su natural denuedo. El mismo Jicotencatl parti-

(1) Hernan Cortés, que acostumbraba ser breve en la manera de expresarse, sin duda para no detenerse en pormenores, dice que mandó cortar las manos á todos; pero Bernal Díaz, que se detiene en detalles y sin duda veria ejecutar la sentencia, asegura que á los mas culpables «se les cortaron las manos y á otros los dedos pulgares». Los autores extranjeros acogen al pié de la letra lo consignado por el primero, con el objeto de que el castigo tenga un colorido pronunciado. Pero aun cuando la amputacion de las manos se hubiera aplicado á todos, siempre resultaria que se les habia dado un castigo que se daba á los delitos no muy graves. Por considerarse la amputacion muy inferior á la pena de muerte, se le cortaron los piés al piloto complicado en la conjuracion de Veracruz, en tanto que fueron ahorcados los dos conjurados principales. El señor Robertson no se manifiesta justo por lo mismo al pintar el castigo dado por Cortés, por altamente cruel, cuando, como se ha dicho, la pena de muerte era la que se daba en las naciones mas cultas á los espías. La amputacion era una sentencia comun, como lo es actualmente en los Estados Unidos, ó al menos hasta 1847 los azotes y el marcar con un hierro ardiendo, y en el anterior amputar las orejas. El Sr. Robertson incurre en otro error grave al no querer admitir que fuesen espías los castigados. Esto es ir contra la historia, desfigurando los hechos sin apoyarse en el mas ligero dato. Si no hubieran sido espías, Cortés, que tenia la costumbre de poner en libertad á los prisioneros, no les hubiera castigado. Precisamente porque eran espías produjo la amputacion los resultados que se han referido, pues creyendo que los españoles leian los secretos mas intimos, el ejército tlaxcalteca se llenó de supersticion y de terror.

cipó de la preocupacion general; y aunque no por esto renunció á la idea de atacar á los españoles, miró menguarse la confianza que habia alimentado de un seguro triunfo. El desaliento se apoderó bien pronto de los supersticiosos soldados, y aunque obedientes á la voz de su general, miraban el próximo combate con esa mala prevencion que es el augurio de una derrota.

Entre tanto Hernan Cortés se preparaba para recibir con un mortífero fuego á sus contrarios. No dudando que el asalto se verificaria en aquella noche, dispuso lo mejor posible su real, colocó la gente en las estancias que se hallaban mejor situadas para un ataque, y estuvo recorriendo hasta la caida del sol, los puntos avanzados.

En los momentos que el astro de la luz acababa de ocultarse, empezó á bajar por dos extensos valles, dividida en varias columnas, una fuerza de veinte mil guerreros tlaxcaltecas, que, cubierta por los elevados maizales, se aproximaba hácia el campamento español, procurando no ser vista. Jicotencatl habia conseguido reanimar, en algo, el espíritu supersticioso de sus batallones, y marchaba acariciando aun la risueña idea de una victoria.

El general castellano, que vigilaba sin descanso, descubrió, aunque confusamente, el movimiento de las columnas tlaxcaltecas. Calculando que si les dejaba aproximarse demasiado no sufririan, al arrojarse, el daño que podrian sentir si se les hacia fuego á regular distancia, y temiendo sobre todo que incendiasen las frágiles casas del pueblecito, produciendo con el incendio alguna confusion en los españoles, determinó salir al encuentro, comprendiendo que la sorpresa de verse acometidos los

tlaxcaltecas cuando pensaban acometer, produciría mejores resultados que el esperarles á pié firme.

Tomada la resolución, se puso al frente de su pequeño escuadrón de caballería, y dejando bien dispuesto el campamento, salió con los jinetes y una fuerza de arcabuceros y ballesteros, hácia el rumbo que traía el enemigo. Calculando el efecto imponente que en el ánimo preocupado causa de noche cualquier sonido extraño, hizo poner cascabeles á los caballos en los pretales. La ocurrencia produjo el efecto deseado. Los escuadrones tlaxcaltecas que avanzaban dominados por la preocupación y el terror que había causado en ellos la vista de los castigados espías, al descubrir á los caballos que se acercaban y escuchar el sonido de los cascabeles, se sobrecogieron de espanto; y sin dar lugar á la reflexión, se pusieron en precipitada fuga, desapareciendo por los extensos maizales sin haber disparado una sola flecha.

Era la vez primera que los valientes tlaxcaltecas huían sin combatir.

La superstición se había apoderado de ellos al verse vencidos por aquel corto número de extranjeros, contra quienes habían combatido valerosamente, y llegaron á persuadirse de que eran hombres superiores á la especie humana.

El bravo Jicotencatl, el hombre de esforzado corazón que había tratado de arrancar á la fortuna el laurel de la victoria, comprendió que era imposible ya la lucha. Sabía que sus soldados le seguirían contentos á combatir contra dobles ejércitos, pero no contra los seres que habían preocupado á la república con su inesperada apa-

rición y sus hechos. Su alma no había desmayado; pero su razón le hizo comprender que no quedaba otro remedio que ceder á la fuerza de las circunstancias. Triste, pero no abatido, se retiró á su campamento, resuelto á acatar la disposición del senado.

Los soldados españoles pasaron el resto de la noche más tranquilos; pero sin descuidar ninguna de las precauciones que les pusiera al abrigo de un golpe de mano, y con los caballos dispuestos y las armas ceñidas, prontos para acudir á donde la voz de su jefe les mandase.

Al brillar la luz del siguiente día, Hernán Cortés tendió desde lo alto del *teocalli* la vista por la campiña, y no descubrió ni un solo guerrero tlaxcalteca. La campiña estaba desierta; y entre los inmensos maizales, solo se descubría alguno que otro pájaro, cuyo melancólico canto parecía lamentar la triste soledad que reinaba en aquellas cultivadas vegas. Todo revelaba que el ejército tlaxcalteca se hallaba desanimado por los pasados descalabros.

Sin embargo, la falta de contestación á la embajada que se había enviado al senado, mantenía en la tropa castellana el recelo de nuevos combates.

Lo que parecía desanimación, podía ser estrategia para inspirar confianza y dar más recios asaltos.

La permanencia de Jicotencatl en su antiguo campamento, distante dos leguas del español, daba cuerpo á estas sospechas.

Hernán Cortés, sin descuidar un solo instante la vigilancia, esperaba impaciente el resultado del mensaje.